

Las nubes bajas se precipitaron por encima de la oscuridad, y hubo una salpicadura de aguanieve en el aire. Cuando el doctor Lanning abrió la puerta de la cabina del camión, el viento se abalanzó sobre él, recién salido del ártico, avanzando sin obstáculos por la llanura de Salisbury. Hundió la barbilla en el cuello y fue hacia las puertas traseras. Barker lo siguió y llamó a la puerta de la pequeña oficina cercana. No hubo respuesta.

—Bueno —dijo Lanning, deslizándose suavemente la voluminosa caja de madera hacia el suelo—, no dejamos nuestros monumentos nacionales sin vigilancia en los Estados Unidos.

—En serio —dijo Barker, caminando hacia la puerta en la cerca de alambre—. Entonces supongo que esas iniciales talladas en la base del Monumento a Washington son graffitis neolíticos. Como pueden ver, traje la llave.

Abrió la puerta con un chirrido de bisagras sin aceitar, luego fue a ayudar a Lanning con el estuche.

Por la noche, bajo un cielo cada vez más bajo, esa era la única forma de ver Stonehenge, sin los cucuruchos de helado y los niños trepando.

La llanura se asienta sobre la Tierra, presionada hacia un horizonte distante. Los pilares grises de sarsen dan la impresión de tener la fuerza necesaria para sostener el cielo. Lanning abrió el camino, inclinándose hacia el viento:

—Siempre son más grandes de lo que esperas que sean —dijo, y Barker no le respondió, tal vez porque era cierto.

Se detuvieron junto a la Piedra del Altar y bajaron el estuche.

—Lo sabremos pronto —dijo Lanning, abriendo los pestillos.

—¿Otra teoría? —preguntó Barker, interesado a pesar de sí mismo—. Nuestros megalitos parecen tener cierta fascinación para usted y sus conciudadanos.

—Abordamos problemas donde sea que los encontremos —respondió Lanning, abriendo la tapa y revelando un aparato grueso y complicado, montado en un trípode de aluminio—. No tengo ninguna teoría sobre estas cosas. Estoy aquí solo para descubrir la verdad, por qué esta cosa fue construida.

—Admirable —dijo Barker, y la frescura de su comentario se perdió en el viento más frío—. ¿Puedo preguntar qué es este dispositivo?

—Registrador temporal de cronostasis —Abrió las piernas y puso la máquina al lado de la Piedra del Altar—. Mi equipo en el MIT lo resolvió. Descubrimos que el movimiento temporal, aparte de las habituales veinticuatro horas en el futuro, todos los días, es la muerte instantánea para cualquier cosa viva. Al menos matamos cucarachas, ratas y pollos; no había humanos voluntarios. Pero los objetos inanimados se pueden mover sin dañar.

—¿Viaje en el tiempo? —preguntó Barker con cierta inseguridad.

—En realidad, no. La estasis de tiempo sería una mejor descripción. La máquina se detiene y deja que todo lo demás se mueva por ella. Hemos penetrado unos diez mil años en el pasado de esta manera.

—Si la máquina se detiene, ¿eso significa que el tiempo corre hacia atrás?

—Quizás. ¿Serías capaz de notar la diferencia? Bien, creo que estamos listos para irnos ahora.

Lanning ajustó los controles en el costado de la máquina, presionó un perno y luego retrocedió. Un zumbido rápido vino de las profundidades del dispositivo.

Barker levantó una ceja burlona.

—Un temporizador —explicó Lanning—. No es seguro estar cerca de la cosa cuando está funcionando.

El zumbido cesó y fue seguido por un fuerte clic, inmediatamente después de lo cual todo el aparato desapareció.

—Esto no llevará mucho tiempo —dijo Lanning, y la máquina reapareció incluso mientras hablaba.

Una fotografía brillante cayó de una ranura en su mano cuando tocó la espalda. Se lo arrojó a Barker.

—Solo una prueba, la envié unos veinte minutos al pasado.

Aunque la cámara los había apuntado, los dos hombres no estaban en la imagen. En cambio, en pasteles oscuros debido a la falta de luz, la fotografía mostraba una vista del camino, con su camión estacionado a poca distancia. Desde las puertas traseras

del vehículo se podía ver a los dos hombres retirando la caja amarilla.

—Eso es... impresionante —dijo Barker, sorprendido al admitir la verdad—. ¿Cuánto tiempo atrás puedes enviarla?

—Parece que no hay límite, solo depende de la fuente de alimentación. Este modelo tiene baterías de níquel y está en buenas condiciones como para funcionar hasta aproximadamente el 10.000 a. C.

—¿Y el futuro?

—Me temo que, por ahora, el futuro es un libro cerrado, pero aún estamos trabajando para abrirlo.

Extrajo una pequeña libreta del bolsillo de su cadera y la consultó, luego volvió a colocar los diales.

—Estas son las fechas óptimas, aproximadamente en el momento en que creemos que se construyó Stonehenge. Estoy programando una toma múltiple. Esta palanca registra la configuración.

Había que realizar más de veinte ajustes, lo que requería una gran cantidad de giros del dial. Cuando finalmente terminó, Lanning activó el temporizador y fue a unirse a Barker.

Esta vez, la partida de la máquina fue mucho más dramática. Se desvaneció con bastante facilidad, pero dejó una brillante réplica de sí misma, un resplandeciente contorno dorado fácilmente visible en la creciente oscuridad.

—¿Eso es normal? —preguntó Barker.

—Sí, pero solo en los grandes saltos de tiempo. Nadie está realmente seguro de qué es, pero lo llamamos eco temporal, la teoría sostiene que se trataría de una especie de resonancia en el tiempo causada por la salida repentina de la máquina. Se desvanece en un par de minutos.

Antes de que el brillo dorado desapareciera por completo, el dispositivo regresó, apareciendo sólidamente en lugar de su eco temporal. Lanning se frotó las manos y luego presionó el botón de impresión. La máquina traqueteó en respuesta y sacó una larga tira de impresiones.

—No es tan bueno como esperaba —dijo Lanning—. Estamos bien en cuanto a las fechas, pero no pasa mucho.

A pesar de lo dicho, ya había suficiente como para detener el corazón del arqueólogo Barker. Imagen tras imagen del megalito de pie, firme y completo, los menhires en posición vertical y los dinteles en su lugar sobre todas las piedras de Sarsen.

—Mucha roca —dijo Lanning—, pero no hay señales de las personas que construyeron la cosa. Parece que las teorías de alguien están equivocadas. ¿Tienes alguna idea de cuándo fue construido Stonhenge?

—Sir J. Norman Lockyer creía que fue erigido el 24 de junio de 1680 a. C. —dijo abstraído, aún petrificado por las fotografías.

—Suenan bien para mí.

Los diales giraban y la máquina desapareció una vez más. La imagen esta vez fue mucho más dramática. Un grupo de hombres en áspero rústico, arrodillados, con los brazos extendidos hacia la cámara.

—Lo tenemos —rio Lanning, y giró la máquina en semicírculo para que mirara en la dirección opuesta—. Sería interesante capturar una imagen de lo que sea que estén adorando está detrás de la cámara. Tomaré una foto y tendremos una buena idea de por qué construyeron esto.

La segunda imagen era casi idéntica a la primera, al igual que dos más tomadas en ángulo recto con respecto a las primeras.

—Esto es una locura —dijo Lanning—, todos mirando hacia la cámara e inclinándose. Por qué la máquina debe estar encima de lo que sea que estén mirando.

—No, el ángulo demuestra que el trípode está al mismo nivel que ellos.

Cierto grado de repentina comprensión golpeó a Barker.

—¿Podría tu eco temporal ser visible también en el pasado?

—No veo por qué no. ¿Quieres decir... ?

—Correcto. El brillo dorado de la máquina causado por todas esas paradas debe haber sido visible, a intervalos, durante años. Me sorprendió cuando lo vi por primera vez, y debe haber sido mucho más impresionante para la gente en ese momento.

—Encaja —dijo Lanning, sonriendo alegremente y comenzando a embalar la máquina—. Es decir que construyeron Stonehenge alrededor de la imagen del dispositivo enviado al pasado para ver por qué construyeron Stonehenge. Así que eso está resuelto.

—¡Resuelto! El problema acaba de comenzar. Es una paradoja. ¿Cuál de ellos, la máquina o el monumento, existió primero?

Lentamente, la sonrisa desapareció de la cara del doctor Lanning.